

**La sindemia, una oportunidad para las personas
en situación de calle, Chile**
The syndemic, an opportunity for homeless people in Chile

Pedro Urrutia Arévalo
Universidad Autónoma de Chile, Sede Temuco, Chile
pedrourrutia@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-2115-1062>

Resumen

Introducción: La investigación analiza la experiencia de las personas que viven en la calle, y que por causa de la sindemia producida por virus SARS-CoV-2 en el mundo, y en particular en la ciudad de Temuco en Chile, han tenido que vivir dentro de hospederías y/o albergues, que pasan de ser dispositivos transitorios a permanentes.

Objetivo: Comprender las formas en que las personas en situación de calle se apropian de los espacios de un albergue u hospedería, que de manera no planificada y sin ser el objetivo de estas, comienzan ser procesos terapéuticos, y en ellas se reconocen sus prácticas de vida cotidiana.

Método: Estudio cualitativo, con una perspectiva etnometodológica. Se considera un muestreo intencional, utilizando como técnicas de recogida de datos, la entrevista en profundidad y la observación participante.

Resultado: Da cuenta de los cambios en aspectos personales de las personas en situación de calle, entre ellos, sus procesos de vinculación entre pares, con redes institucionales y reducción consumo de alcohol y/o drogas. Retomando sus procesos en salud, responsabilizándose de los espacios, tomando decisiones y elaborando rutinas que no estaban planificadas desde los dispositivos.

Conclusiones: El generar espacios da cuenta de que la personas que viven en la calle concuerdan que el no tener que salir a la calle no hace necesario el consumo de alcohol y/o drogas, que pueden proyectar su vida más allá de la calle, que los procesos de autoexclusión o de aislamiento son derribados al compartir sus vivencias con otros y encontraron con la sindemia una oportunidad.

Palabras clave: Personas en situación de calle, Sindemia, Exclusión, Prácticas sociales, Vida cotidiana.

Abstract

Introduction: The research analyzes the experience of people who live on the street, and that due to the syndemic produced by the SARS-CoV-2 virus in the world, in particular in the

city of Temuco in Chile, they have had to live within hostels and/or shelters, which were from being temporary to permanent devices.

Objective: Understand the ways in which people in street situation appropriate the spaces of a hostel or shelter, which in an unplanned way and without being the objective of these, begin to carry out therapeutic processes, and recognize the practices in their daily life.

Method: Qualitative research, with an ethnomethodological perspective. An intentional sampling is considered, using as data collection techniques, the in-depth interview and participant observation.

Result: It accounts for the changes in personal aspects of homeless people, for example, their bonding processes between peers, with institutional networks and reduction of alcohol and/or drug consumption, retaking their health processes, taking responsibility for the spaces, making decisions and developing routines that were not planned from the devices.

Conclusions: Generating spaces realizes us that people who live on the street, they agree that not having to go out on the street does not make consumption necessary of alcohol and/or drugs, that they can project their life beyond the street, that the processes of self-exclusion or isolation are demolished when they share their experiences with others and they found an opportunity with the syndemic.

Keywords: Homeless people, Syndemic, Exclusion, Social practices, Daily life.

Introducción

Esta investigación analiza la experiencia de las personas que viven en la calle, y que por causa de la sindemia producida por el virus SARS-CoV-2 en el mundo, y en particular en la ciudad de Temuco en Chile, han tenido que vivir dentro de hospederías y albergues producto de las cuarentenas que se establecieron en la ciudad, además de ser consideradas como población de riesgo. Cabrera plantea «*estar en calle* ha supuesto con frecuencia un punto de no retorno sobre el que se solía trazar la línea, la frontera simbólica, que separaba la pobreza socialmente integrada, digna, fácil de asumir, dócil a la hora de dejarse ayudar... de aquella otra forma de pobreza que era percibida como ajena, extraña, imposible de entender o asumir, peligrosa, incontrolable» (1995, 20).

Se estima que 100 millones de personas en el mundo viven sin un hogar (Ministerio de Desarrollo Social, 2013), de acuerdo con los datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) Finlandia ha estimado en 7.651 las personas en situación de calle, Dinamarca en 5.523, Francia en 70.000 y España en 21.900. Se mencionan estos países a modo de ejemplo de países con ingreso per cápita y sistemas de protección social propios de países desarrollados (Ministerio de Desarrollo Social 2015). Dando cuenta que este fenómeno es transversal a los países, por tanto, la erradicación o disminución de las

cifras, no depende solo de un tema económico, sino de articulaciones de servicios y dispositivos que observen la problemática de manera multidimensional y diversa.

El Estado Chileno desde el año 2003 inicia su preocupación incipiente por las personas en situación de calle, desarrollando el primer catastro en el año 2005, el cual arroja la existencia de 7.254 personas en calle, Chile en ese momento poseía una población de 16 millones de habitantes, aproximadamente. El segundo catastro realizado en el año 2011 detectó a 12.255 personas en calle a nivel nacional, Chile con una población de 17 millones 200 mil personas. De este total, 84% son hombres, los que tienen mayor presencia en las regiones del Maule, Los Lagos y Atacama. En promedio, las personas en situación de calle tienen 44 años de edad y llevan 5,8 años en dicho contexto.

Censar y poder estimar el número real o el más fidedigno de personas que están en situación de calle se hace difícil por varias razones, como la movilidad diaria en que se encuentran las personas, no encontrándolas en puntos fijos, o no poder rastrearlo con la finalidad de no ser contabilizado más de una vez, al ser visto en más de dos lugares o puntos calles durante la misma noche del censo. En Chile son incipientes los programas sociales que atienden este fenómeno, pensados preferentemente en otorgar asistencia en albergues o casas de acogidas, apoyar su reintegración social y brindarles aportes económicos a través de bonos. Como principal objetivo es que las personas no fallezcan en la calle, por lo cual se basa en la asistencia y ellos siendo personas a «cuidar».

La sindemia entre todos los efectos sanitarios, sociales, económicos, entre otros, tuvo repercusión en los dispositivos que por más de 8 años se vienen instalando, como son los albergues u hospederías para personas en situación de calle, estos de carácter transitorios en los meses de invierno, pensados para la pernoctación y entregas de prestaciones básicas, como ducha y alimentación. El contexto sanitario hizo que se abrieran de manera diaria, con atención las 24 horas del día, lo que abrió desafíos, pero sobre todo oportunidades, las cuales se reconocen por la gestión y autonomía de las mismas personas en situación de calle.

El aporte de la investigación consiste en reconocer las formas en que las personas en calle se apropian de los espacios de un albergue u hospedería, que de manera no planificada y sin ser el objetivo de estas, comienzan a ser procesos terapéuticos, el tener un techo, un lugar que le entrega seguridad da inicio a cambios inesperados, los cuales no se pueden detener. En este proceso de habitar, interesó conocer las relaciones e interacciones que se generan con otros individuos y los desafíos que se instalan en la política pública y en las instituciones privadas, que generan servicios y alternativas de asistencia para superar o sobrellevar de mejor manera su situación.

Contexto de estar en calle: políticas sociales e investigaciones asociadas.

En general, los estudios y sobre todo las definiciones de las personas en situación de calle se centran en caracterizarlos (Grandon y otros, 2015; Álvarez y Vivero, 2008), en definir o interpretar las causas que llevaron a las personas a vivir en calle, con una mirada clientelar

y siendo objeto de ayuda, por lo que la elaboración de políticas públicas en Chile y en muchos otros países se centran en aportar asistencia, protegerles la vida, que no fallezcan en calle y, por último, poder reintegrarlos (Castillo, 2009), por consiguiente, se ha demostrado como las políticas públicas no son suficientes para la reinserción social o la salida de su situación, siendo aportes en torno a cómo el Estado debería intervenir y las circunstancias que hace que no sea eficiente. No logrando integrar la mirada de las personas que viven la situación de calle y no permitiendo establecer una relación con la ciudad y dispositivos donde circula, se relaciona y genera su cotidianidad, aspectos que son centrales en nuestra investigación.

Por otra parte, la investigación de Bachiller (2013) comienza a abrir una línea de trabajo poco abordada, por diferentes razones metodológicas y conceptuales hegemónicas al referirse a las personas en situación de calle. Por lo que la investigación retoma este trabajo y lo profundiza, en relación a instalar los albergues como espacio que se transforma, que no queda ajena a la persona que la habita, y se reconocen las interacciones y relaciones vinculares en los espacios cotidianos de las personas, lo que produce una ruptura con el concepto de aislamiento. Como lo plantea Bachiller (2010) para las personas sin hogar, y especialmente para aquellos que entran en contacto con los servicios sociales, las redes sociales son el principal recurso de subsistencia y adaptación material y emotiva, lugares que fueron respuesta inmediata a la emergencia sanitaria, pero trascurrido los meses, se ven transformados por las mismas personas que lo habitan en el contexto de la pandemia.

En relación a lo anterior, la investigación se desarrolló en la ciudad de Temuco, región de la Araucanía, Chile, donde se estiman 200 personas en situación de calle, y cuenta con una hospedería para treinta personas, solo varones, dos albergues que poseen una capacidad de 30 personas cada uno, los demás se encuentran viviendo en la intemperie, abrigados con cartón y en el último tiempo en frágiles carpas. El estudio se centra en las personas que se albergan en la hospedería y albergues de la ciudad.

En relación a lo anterior, producto de la emergencia sanitaria, instituciones de sociedad civil, como es la Fundación Hogar de Cristo¹ que de una hospedería que funcionaba de 21.00 a 9.00 horas, pensada solo en la pernoctación de personas y durante el día se encontraba cerrada, tuvo que pasar a funcionar las 24 horas del día, con la finalidad de generar cuarentenas voluntarias, donde las personas por meses quedaron sin salir a la calle para evitar contagio. Esto mismo ocurrió con los programas «albergues» financiados por el Estado, que son habituales en su implementación en los meses de invierno, de mayo a septiembre de cada año, pero que a causa de la pandemia el Estado tuvo que invertir mayores recursos para que estos dispositivos se mantuvieran en funcionamiento durante más de un año, y con la misma lógica de atención las 24 horas del día y no solo de pernoctación de como estaban concebidos.

¹ Fundación Hogar de Cristo posee más de 76 años trabajando con personas en situación de calle, es una organización sin fines de lucro, con presencia a lo largo del territorio chileno y de reconocida trayectoria. www.hogardecristo.cl

Actualmente, la sindemia producida por virus SARS-CoV-2 que se ha extendido desde el año 2020 no solo ha impactado la salud de millones de personas a nivel mundial, sino que a la vez ha dejado de manifiesto una crisis social profunda en el ámbito económico y sanitario, donde los servicios de salud y la precariedad laboral han develado una desigualdad y carencia que se estimaba solo en condiciones focalizadas en grupos específicos a un aumento exponencial, que los gobiernos no han podido controlar (*BBC*, 25 de enero de 2021).

Considerando la gravedad de la sindemia, se reconocen en los distintos países los grupos prioritarios a proteger, comenzando con los adultos mayores, personas inmunodeprimidas o con enfermedades crónicas como hipertensión arterial, diabetes o problemas cardíacos, entre otros. Chile no fue la excepción, generando protocolos y planes de contingencia para estas poblaciones. Sin lugar a dudas comienzan a aparecer otros grupos que se identifican en riesgo, quienes han estado excluidos de las políticas públicas de integración, (Berho 2010; Larenas y Muñoz 2015), una población del alto riesgo, no solo por la edad, sino también por las condiciones de salud, y el contexto social donde se movilizan y vinculan, nos referimos a las personas que viven en la calle, como se les denominan en Chile.

En relación a los estudios trabajados y aportes de diversas investigaciones, se pretende estudiar en actitud activa a las personas en situación de calle, no deteniéndonos en las circunstancias que los llevaron a estar en calle, sino en cómo ellos poseen una experiencia singular en el contexto de sindemia en los programas de hospedaje que pasan de ser transitorios a permanentes, de las relaciones que mantienen y cómo significan su espacio que transitan y habitan a diario.

Por lo anterior, la presente investigación se situó en la experiencia que han tenido en los dispositivos de «emergencia» que se adecuaron al nuevo contexto de sindemia, reconociendo sus interacciones sociales con otras personas en situación de calle, además de observar sus prácticas en la apropiación de los espacios en los programas residenciales Forray Claps «*La vida diaria* donde se pueden analizar y comprender las relaciones sociales y los modos de producción, así como sus expresiones espaciales y sus secuencias temporales» (2015, 129).

El estudio indaga en la experiencia cotidiana, no solo relacionado a la sindemia, sino a la oportunidad de apropiarse de un espacio seguro, más allá de tener un «techo», en la que de acuerdo con Segura «implica apostar por un acercamiento de la vida urbana que no entienda las representaciones y las prácticas sociales únicamente como actualización de un modo de operación o de un esquema preexistente, sino como instancias constitutivas de la vida social, con el doble carácter de ser productivas socialmente y socialmente productivas» (2017, 22).

Reconocer en las personas en situación de calle sus prácticas cotidianas, sus rutinas, no solo estaremos observando la acción de una persona que transita, sino que se apropia de los espacios, de los cuales genera su experiencia. Este aspecto termina siendo central para nuestra investigación,

ya que se rompe con la idea de desvinculación social y exclusión de las instituciones dominantes, y se pasa al barrio, a la ciudad como campo de acción, reconociendo sus vinculaciones sociales, relaciones con los dispositivos sociales, incidiendo en los propios dispositivos de emergencia, pero a su vez cambiando sus propias prácticas y con eso sus experiencias cotidianas.

Categorías en disputa al referirnos a las personas en situación de calle.

Una de las primeras categorías que es necesario resaltar es exclusión social, la que se puede analizar y entender como un proceso multidimensional, que tiende a menudo a acumular y separar tanto a individuos como colectivos, de una serie de derechos sociales tal como el trabajo, la educación, la salud, la cultura, la economía y la política, a lo que otros colectivos sí tienen acceso y posibilidad de disfrute (Jiménez 2008).

En diversos estudios la noción de exclusión ha ido reemplazando el concepto de pobreza para identificar a grupos o individuos con carencias (Silver 1994; Leyton y Muñoz 2008; Karsz 2004), y de manera regular se le asocia a las personas en situación de calle, al considerar que la noción de exclusión es dinámico, y no solo centrado en lo económico como es asociado la noción de pobreza, el que termina siendo insuficiente para entender los procesos y problemas que deben afrontar las personas.

Es relevante para la investigación el abordar y remirar el concepto de exclusión social, el que es asociado con la idea de una conducta de aislamiento social en relación con las personas en situación de calle (Bachiller 2008), al considerar que en distintos estudios y políticas públicas se termina relacionando y situando a las personas en dicha categoría de exclusión, aun la cual no dice tanto de las personas en situación de calle, sino más desde la institucionalidad y su estructura social que los invisibiliza. La exclusión social de acuerdo con Xiberras (citado en Navarro 1996, 9) se define como «resultado de un gradual quebrantamiento de los vínculos sociales y simbólicos –con significación económica, institucional e individual- que normalmente unen al individuo con la sociedad». De conformidad con el planteamiento de Durkheim, la exclusión amenaza a la sociedad con la pérdida de los valores colectivos y con la destrucción del tejido social.

El concepto de exclusión social instala un adjetivo a las personas en situación de calle, el que termina siendo operativo con la finalidad de categorizarlos, se los han visualizado como personas que no tienen muchos recursos personales y desvinculados de la sociedad, planteando desde las mismas políticas sociales como un sujeto a ser atendido por lo vulnerable de su situación y no tener un espacio propio donde vivir, por lo que las acciones institucionales tanto del Estado como de las ONG´s que desarrollan acciones con la finalidad de «incluirlos» a la sociedad.

En Chile, el vivir en situación de calle ha sido definido por organizaciones como la Red de Trabajo con Personas en Situación de Calle como «un fenómeno de carencia material que se relaciona a procesos de exclusión, desvinculación social y vulnerabilidad. En este

sentido, encontrarse en situación de calle tiene una significación más allá de no contar con un techo o vivienda, pues también se refiere a la carencia de un hogar como fuente de vinculación» (MDS 2014, 11), dando cuenta de ser un fenómeno multicausal, por lo que desentrañar y redefinir las maneras del conocimiento para llegar a ellos con respuestas adecuadas a su situación, es uno de los principales objetivos que las investigaciones deben comprometerse a poseer.

La propuesta y el enfoque que entrega la investigación, es relevar el contexto social donde está inmerso la persona en situación de calle, cambiando el foco de entender este «aislamiento», volviendo la mirada desde él en relación a la sociedad, donde estos dispositivos tienden a generar una oportunidad para observarlos en sus relaciones y prácticas. Considerando que inician rutinas no planificadas en un primer momento, pero que nacen desde ellos, conductas que permiten observar potencialidades, recursos y vinculaciones que no están mediadas por un externo, sino son las mismas personas que generan sus procesos, demandas y resolución de necesidades dentro de los espacios que empiezan a producir, forzando a la institución y con ellos al modelo de dispositivo, a transitar a nuevos espacios y dejando que las personas tomen el control en ciertos ámbitos de la rutina.

Lo anterior configura uno de los objetivos de interés en la investigación, ¿cómo son las interacciones sociales que desarrollan las personas en situación de calle en un espacio concebido como transitorio a llevarlo a la permanencia?, esto permite discutir con la noción de aislamiento social o de excluido socialmente, «la adquisición de un estilo de vida marginal implica básicamente el desarrollo de estrategias de sobrevivencia –entre las cuales las económicas solo constituyen un tipo más- y la resignificación de la calle, las experiencias de desvinculación y el sí mismo» (Berho 2010, 32), por tanto, se pueden reconocer otras formas que ellos han generado en su entorno, lo que si reconocemos dichas formas pudiéramos resignificar desde las propias personas su sentido de exclusión.

El investigar a las personas en situación de calle en los dispositivos institucionales permitió mirar sus interacciones, sus vínculos, las relaciones que generaron en los distintos espacios que transitan. Para lo anterior, fue relevante la utilización de la metodología cualitativa y la técnica de observación participante, que contribuyó a reconocer estas formas de interacciones, las prácticas y el sentido profundo que le entregan las personas en su vida diaria.

En relación a la segunda categoría importante retomada en el estudio, correspondió al de espacio social (prácticas y apropiaciones), fue necesario definir lo que se entenderá por este, para luego entender las apropiaciones y usos. Lefebvre unos de los principales referentes para este abordaje, desarrolla la idea de espacio, diferencia entre espacio percibido, espacio concebido y espacio vivido.

El estudio retomó lo relacionado al espacio vivido, el cual constituye el espacio de representación. «Es el espacio de la imaginación y de lo simbólico dentro de una existencia material. Es el espacio de usuarios y habitantes, donde se profundiza en la búsqueda de

nuevas posibilidades de la realidad espacial» (Lefebvre 2013, 16), ya que es producto de la sindemia, que la persona en situación de calle se apropia de una manera distinta a lo que venía realizando, de los lugares que transita, pernocta y se vincula, en este caso los dispositivos que los albergaron de forma permanente.

Los espacios de representación, es decir, «el espacio vivido a través de las imágenes y los símbolos que lo acompañan... se trata del espacio dominado, esto es, pasivamente experimentado, que la imaginación desea modificar y tomar. Recubre el espacio físico utilizando simbólicamente sus objetos». (Lefebvre 2013, 98). Estos espacios cumplieron funciones y tuvieron significados diferentes para cada persona, por tanto, explorar desde ellos estos espacios entregó nociones sobre las transformaciones que han realizado, la manera en que lo simbolizaron a través de sus prácticas, reconociendo en estos espacios su espacio, el cual denominarían hogar.

Con la finalidad de reconocer los espacios fue relevante para la investigación la pregunta sobre ¿cuál son las apropiaciones del espacio donde la persona en situación de calle habita?, donde el enfoque etnográfico fue importante para reconocer dichas disposiciones, las cuales nos son expresadas verbalmente, ya que se encuentra en la cotidianidad de las personas en situación de calle. Para poder comprender la apropiación del espacio social es necesario plantear la noción de *Habitar* de acuerdo con Duhau y Giglia (citado por Segura 2017, 31-32), la cual se entiende como «el proceso de significación, uso y apropiación del entorno que se realiza en el tiempo, a través de un conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de un orden espacio-temporal y al mismo tiempo establecerlo». Las personas en situación de calle, de manera permanente en su andar y sobre todo en la pernoctación establecen su espacio, lo identifican donde pueden descansar, no estando libre de peligros y vulnerabilidad, lo identifican como su hogar.

Habitar sería apropiarse del espacio, consistiría en «convertir el espacio (vivido) en lugar, adaptarlo, usarlo, transformarlo y verter sobre él la afectividad del usuario, la imaginación habitante, práctica creativa que afirma la ilimitada potencialidad humana al reconocer en la obra creada, otorgando al espacio sus múltiples dimensiones perdidas: lo transfuncional, lo lúdico y lo simbólico» (Martínez 2013, 45). Situaciones que en los hallazgos comienzan a aparecer, los dispositivos de albergues, pensados de funcionamiento tránsito, que sin la mediación de la sindemia, la noción de habitar y las prácticas se hubieran mantenido muy distintas a las actuales, esto, recogido de los propios testimonios de las personas en situación de calle.

La oportunidad y hallazgos que permitió la sindemia

Como primer aspecto nos referiremos a las políticas públicas en Chile, las que han visualizado a las personas en situación de calle como objetos de ayuda, donde la preocupación se centra en otorgar servicios que entreguen protección, relacionado con el alojamiento y comida, teniendo como premisa y fin último que no fallezcan en la calle. Los

albergues u hospederías que son impulsados para los meses de invierno, los que solo entregan alojamiento y duran cuatro meses, por la sindemia pasaron de ser dispositivos temporales a dispositivos permanentes, por tanto, al ser evaluados por los propios participantes luego de un año y medio de funcionamiento permanente, comienzan a emerger o surgir desafíos.

Dichos aspectos empiezan a reconocerse desde los discursos de las personas que iniciaron las cuarentenas voluntarias desde el año 2020, los cambios que en ellas mismas reconocen, «los cambios que había para mí en hospedería han sido algo excelente, que estoy llegando normal sin vicios de alcohol, si estoy en el día en la hospedería me siento tranquilo me siento desahogado y no pienso tanto en mi mente» (Pedro, 59 años, consulta personal), logrado al estar en un espacio seguro y sin temor de que deban salir durante el día o el término del programa por cumplimiento de los plazos. También se rescatan la disminución del consumo, sobre todo de alcohol, el cual el beber social o de manera solitaria se comprende desde los estados de deambular por las calles, sin tener actividades fijas que realizar, o el «pasar el tiempo», lo que provoca que las personas encuentran en el alcohol una manera de pasar el día.

Lo anterior invita a reflexionar sobre los momentos de la intervención social, las que principalmente se centran en la integración social (sacarlos de la calle) y/o que no fallezca en la interperie. Las que se ejecutan desde la idea que la personas en situación de calle deben adherir al programa o a la intervención sin dificultad, y al no hacerlo sería por «falta de motivación». Sin considerar los aspectos mínimos situacionales que debieran existir para que ellos pudieran comprometerse a los objetivos de trabajo, las que son parte de las preocupaciones diarias, como considerar la seguridad básica de todas las personas para proyectarse en el futuro, el verse en un lugar tranquilo, donde no solo pasen la noche, sino un espacio donde pueden escapar de la calle, que les brinde seguridad y el no tener que movilizarse de un punto a otro de manera recurrente.

En el contexto actual de emergencia sanitaria esto es posible, los dispositivos de permanencia diurna entregan el resguardo, es decir, la persona en situación de calle se siente segura o amparada, situación que no ocurre fuera de allí. «Modos de experimentar el espacio es analizar las maneras en que los actores sociales distinguen a la vez vinculan el adentro y el afuera, el interior y el exterior, lo público y lo privado, la mismidad y la otredad». (Segura 2017, 29). Aspectos que pudieran ser fundamentales para iniciar procesos reales de intervención social, donde ellos se puedan visualizar más allá de la calle.

Como segundo aspecto a destacar dentro de los objetivos de la investigación corresponde el reconocimiento de las prácticas cotidianas que se fueron generando en el proceso de convivir diariamente con otras personas en situación de calle, el retomar rutinas, las cuales se fueron originando de acuerdo con las necesidades y varias prácticas, como responsabilidades en quehacer u organización del espacio y horarios, de forma muy espontánea. «El cambio de tener más aseos personales, no paso frío, tenemos las duchas calentitas, lavados frecuentemente, almuerzo... Si pido un pan hay pan, si hay té... hay té, si

hay que hacer algo, hay que hacerlo acá en la hospedería adentro o afuera y estar más organizado, ya no es como antes...» (Francisco, 49 años, consulta personal), como se ha ido mencionando, los dispositivos no contaban mantener personas en su interior y tampoco contaban con una dotación suficiente de recursos humanos para desarrollar acompañamiento o guiar rutinas diarias. Es así, que las experiencias de las cuarentenas voluntarias generaron un repertorio de acciones y apropiaciones de los espacios institucionales.

Las personas en situación de calle se plantean cubrir sus necesidades básicas, el tener un techo, donde asearse y comer. Se plantea como una oportunidad de seguridad que en la calle no encuentran y a su vez pueden considerar la posibilidad de ayudar o elaborar otras acciones que de manera voluntaria se motivan a realizar, esto se da al reconocer al espacio como propio y que deben cuidar, el entender el habitar.

Los programas de intervención que poseen como destinatarios a las personas en situación de calle están orientadas a cumplir indicaciones o tareas que se le asigna a la persona en consonancia con los objetivos establecidos para superar sus problemáticas, esperando la «integración», sin tener en cuenta si la persona ese día pudo comer, dormir tranquilo o ducharse. Aspectos que de manera regular las consideramos como dadas u obvias, por lo que la preocupación de las personas profesionales es el cumplimiento de objetivos; el desistir o la imposibilidad de pensar en estas personas por parte de quienes están en calle son evaluadas como reticencias o falta de compromiso para sus proceso de inclusión.

El reconocer las necesidades y las prácticas de la vida cotidiana de las personas en situación de calle se hace relevante a la hora de poder establecer líneas de trabajo, donde esta población vea las oportunidades, pero sobre todo, tenga un espacio seguro y no estar preocupados del día a día y si podrán comer o no, o si lograrán una ducha al otro día, «la vida cotidiana es la subsistencia, el vestuario, el mobiliario, el hogar, la vivienda, el vecindario, el medio ambiente» (Elden 2004, 111). Situaciones que deben ser garantizadas como piso mínimo desde una política profunda, donde reconozca la dignidad de toda persona, independiente de su condiciones.

En relación a un tercer ámbito que se rescata desde las experiencias de las personas en situación de calle en este contexto de sindemia es la preocupación por la vida, el reconocimiento a su bienestar, y desechar la idea de que esta población no piensa en su futuro, o «solo espera morir en la calle».

En el análisis del discurso de las personas en situación de calle entrevistadas, se aprecia que el no encontrar cobijo, lo duro que es la vida en calle y la inseguridad permanente son condiciones que se perciben como problemáticas. En la calle solo consumirían como relata uno de los entrevistados, «porque saldría solo consumir no más [si no estuviera en ese espacio] ... pasaría frío, pasaría hambre o bien me quedaría por ahí si no puedo caminar... Porque saldría a eso nomas... a consumir ... andaría todo mal vestido, todo indecente y enfermo... no puedo pasar frío ni nada acá...me habría muerto nomas» (Pedro, 59 años,

consulta personal), por tanto, esperan que su vida se pase en el día a día, «la calle mata» es una de las premisas para quienes buscan ahí su refugio.

De acuerdo a lo anterior, en su relato, la salud se deteriora, el estado físico decae, comienzan problemas de movilidad, la esperanza de vida para las personas que viven en la calle se reduce en 20 años, algo que debe impactar e incomodar. En muchas ocasiones las personas no son atendidas en los centros de salud solo por su aspecto o por el consumo de alcohol; por lo que se requiere reflexionar y evitar pensar que la persona «solo quiere morir, por eso está en calle».

Es por lo anterior, que ha sido relevante el cambio de funcionamiento de los programas de albergues durante la pandemia. La permanencia y la no necesidad de salir, retomando a Lefebvre, estar en un espacio cotidiano, su espacio vivido, ha tenido resultados positivos en ellos, el que hayan encontrado acogida a sus necesidades, el que vean que poseen la oportunidad de no tener que temer por el día a día, que la convivencia con otras personas en calle en sus rutinas les ha permitido asociarse, compartir y comunicarse.

Al generarse estos espacios permanentes, se puede dar cuenta, que las personas no ingresan sus conductas dañinas al grupo, bajan sus defensas personales, se muestran dispuesta a ser apoyados al ritmo que ellos desean, como lo plantea Pedro «harto cambio he visto en mí, ando más decente, más limpiecito, más aseado y no pasó hambre como tiempo atrás cuando estuve, pasaba consumiendo nomas... ahora me siento bien me siento feliz me siento más... más apoyados en ustedes y los alumnos en práctica, me siento bien» (59 años, consulta personal), concuerda que el no tener que salir a la calle es una oportunidad, permitiendo establecer objetivos que pueden proyectar su vida más allá de la calle, que los procesos de autoexclusión o de aislamiento son derribados al compartir sus vivencias con otros.

Por último, es necesario dar cuenta de la necesidad que tienen las personas en situación de calle de poder mantener de forma permanente un albergue u hospedería que le entregue las condiciones de seguridad, pero también la oportunidad de desarrollar su vida cotidiana, generar prácticas de gestión y apropiación de los espacios, lo cual le entrega identidad y anima los procesos de intervención. Como bien lo señala Francisco «no me da el cuero, ya que en la calle... ya con el tiempo ya uno ya ha recorrido ya, ya está cabriao prefiero estar adentro, y ya cambió la vida ya, no como antes, andaba botao, ya con el tiempo ya los porrazos y todo, entonces me gustaría quedarme en la hospedería [en el horario permanente]» (49 años, consulta personal)

Las personas no desean estar en la calle, más allá de las causas que lo llevaron a dormir en la intemperie siguen anhelando un hogar, por tanto, los procesos de intervención deben ser iniciados desde el tener un techo, como plantea Bachiller (2021), por la seguridad y bienestar que ésta brinda, es el espacio básico donde se puede dar sinergia con políticas transversales, donde la salud, el empleo, la educación, entre otros, focalicen su atención en

las personas en situación de calle, y que no sea mirado de forma parcializada, entendiendo una intervención biopsicosocial.

Conclusiones

La investigación se situó en reconocer la experiencia de las personas en situación de calle en el contexto de pandemia, siendo importante los dispositivos permanentes que los han albergado, espacios de interacciones, de apropiación y resignificación de sus prácticas cotidianas.

Independiente de las características de las personas que viven en calle y de las causas que los llevaron a ésta, el reconocer en ellos su agencia, el romper los estereotipos que los catalogan como excluidos o personas que prefieren el aislamiento social, otorgar desafíos entorno a la intervención social y de quienes formulen las políticas públicas. Siendo importante el visibilizar los cambios e insumos que se han generado producto de la pandemia, que de manera casi accidental se comienzan a incorporar, los que hacen reflexionar a no seguir repitiendo las mismas fórmulas de gestión, ya que las personas que están en la calle, desean no solo evitar la muerte, sino el ser considerados sujetos activos de sus objetivos, por lo mismo, la línea base es que ellos puedan decidir dónde comenzar y dónde terminar su intervención.

Como ha sido recabado en la investigación, se dio cuenta de los cambios no solo en aspectos personales, sino de cambio en los procesos de vinculación y motivación de mantener sus avances por el mayor tiempo posible, dejando el consumo y retomando sus procesos en salud, responsabilizándose de los espacios, tomando decisiones y elaborando rutinas que no estaban planeadas desde las instituciones o desde los equipos profesionales.

La pandemia vino a generar un cambio en las modalidades de los dispositivos que se venían generando por más de 6 años en Chile, lo que permite comprender un aspecto importante, la idea de seguridad y techo, temas que van unidos. De esta forma, no es posible iniciar procesos de cambio si existe inseguridad de dónde pasarán la noche o el tener que cuidarse de quienes pudieran hacerles daño.

El habitar y la noción de hogar que ellos describen, un techo que no sea transitorio, genera en las personas una sensación de bienestar, de cuidar el espacio y respetados en sus procesos. El techo es el punto de partida, desde ahí se pueden organizar, complementar y desafiar a la intervención multidimensional, donde los datos encontrados afirman que el nuevo contexto les ha dado la oportunidad de generar y proyectar un nuevo plan de vida.

Referencias

Bachiller, Santiago. 2010a. «El Aislamiento Social Como Supuesto Articulador De Las Teorías Sobre La Exclusión Y El Sinhogarismo: Críticas Y Aportes Etnográficos». *Cultura, Hombre, Sociedad (CUHSO)*, 19, N°1: 9-21.

- Bachiller, Santiago. 2010b. «Exclusión, asilamiento social y personas sin hogar. Aportes desde el método etnográfico». *EKAINA*, 63-73.
- _____. 2013. «Un análisis etnográfico sobre las personas en situación de calle y los sentidos de hogar». *Sociedad e Cultura*, 16(1): 81-90.
<https://www.redalyc.org/pdf/703/70329744009.pdf>
- Berho, Marcelo. 2010. «Dos relatos, un análisis y un excursio sobre las identidades y la relación con la ciudad entre los "moradores de la calle" en Temuco». *Cultura, Hombre, Sociedad (CUHSO)*, 19, N°1: 23-34.
- De Certeau, Michel. 2008. «Andar en la ciudad». *Bifurcaciones*, 7, N°28: 9-26.
<http://www.bifurcaciones.cl/2008/06/andar-en-la-ciudad/>
- Forray Claps, Rosanna. 2015. «La crítica de la vida cotidiana y los "post-urbanismos"». En *Lefebvre revisitado: Capitalismo, vida cotidiana y el derecho a la ciudad*, editado por De Mattos Carlos y Felipe Link. 129-156. Santiago, Chile: RIL Editores.
- Fuentes Escalona, María Paz. 2013. «La Calle desde la calle: análisis de la experiencia urbana a partir de los desplazamientos de personas en situación de calle en Santiago de Chile». Tesis de Maestría, Pontificia Universidad Católica de Chile.
http://estudiosurbanos.uc.cl/images/tesis/2014/MDU_MPaz_Fuentes.pdf
- Gupta, Akhil y James Ferguson. 2008. «Más allá de la "cultura": Espacio, identidad y las políticas de la diferencia». *Antípoda*, N°7: 233-256.
<https://doi.org/10.7440/antipoda7.2008.10>
- Jiménez Ramírez, Magdalena. 2008. «Aproximación teórica de la exclusión social: complejidad e imprecisión del término. Consecuencias para el ámbito educativo». *Estudios Pedagógicos XXXIV*, N°1: 173-186.
- Leyton Navarro, Cristian y Gianinna Muñoz Arce. 2016. «Revisitando el concepto de exclusión social: su relevancia para las políticas contra la pobreza en América Latina». *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, 39-68.
- Núñez Matus, Carla. 2013. «Mujeres en situación de calle más allá del andar cotidiano». *Sociedad & Equidad*. N° 5: 188-212.
- Ortner, Sherry. 2016. «Poder y proyectos, reflexiones sobre la agencia». En *Antropología y teoría social. Cultura poder y agencia*, 151-177. Buenos Aires, Argentina: UNSAM.
- Palleres, Griselda. 2010. «Resignificación socioespacial y construcción de subjetividad. Personas sin hogar en la ciudad de Buenos Aires». *Cultura, Hombre, Sociedad (CUHSO)*, 19, N°1: 95-104. <https://doi.org/10.7770/cuhso-v19n1-art313>
- Seidmann, Susana y Gustavo Rigueiral. 2020. «Hábitat en personas en situación de calle». *Perspectivas: Revista científica de la Universidad de Belgrano*, 3, N°1: 107-115.
- Segura, Ramiro. 2017. *Vivir afuera: Antropología de la experiencia urbana*. San Martín, Argentina: UNSAM EDITA.